
CAPITULO SEGUNDO.

SOCIALISMO.

1. La teoría socialista; su crítica destructora.—2. El programa constructor del socialismo.—3. Los demócratas sociales alemanes.—4. Socialismo en Inglaterra y América.

1. La teoría socialista; su crítica destructora.—
Enteramente opuestas a la concepción individualista del gobierno son las doctrinas conocidas por socialismo, colectivismo, comunismo y de las que bajo la última denominación puede hablarse en conjunto como la teoría socialista del Estado. No ha existido ningún estado socialista en realidad, si no es en una escala pequeña y experimental. El socialismo es, por lo tanto, principalmente un ideal más bien que una actualidad; pero las doctrinas que comprende han interesado tan fuertemente a tantos espíritus, han ejercido una influencia tan importante sobre la legislación y la política práctica actual y contiene a pesar de su naturaleza engañosa tanto que es de uso y de inspiración, que merece un estudio especial.

Las teorías socialistas presentan un aspecto destructor y uno constructor. Ofrecen en el primer lugar una crítica del sistema industrial existente

(cuya base es individualista) con el propósito de demostrar su inherente debilidad y su inevitable decadencia. En segundo lugar se proponen sustituir al Estado actual con una comunidad cooperativa que ha de fundarse en el esfuerzo asociado y en el control unido. La parte crítica de la doctrina socialista trata de demostrar que el sistema individualista de la industria está destruido y es ineficaz bajo un punto de vista económico, y falta de equidad en que la remuneración que toca a las distintas clases de trabajadores no está de acuerdo con sus merecimientos respectivos. Los escritores más celebrados de la escuela, como por ejemplo el gran socialista alemán Karl Marx en su libro "El Capital", que ha sido llamado el evangelio del socialismo, critican el Estado actual desde un punto de vista complicadamente histórico. Marx alega que el sistema de la propiedad privada individual en que descansa, es el resultado de la agresión original del fuerte contra el débil, que representa una apropiación de los medios de existencia por las clases más fuertes y su consecuente explotación de la masa de trabajadores que permanecen en un estado de dependencia que puede llamarse esclavitud asalariada. El mejoramiento progresivo de los medios de producción hace a los obreros más y más dependientes de los que los emplean. La apropiación de la tierra por dueños privados (un proceso prácticamente completo en los países más antiguos) hace imposible a todo individuo aplicar su trabajo directamente a los recursos naturales de la tierra. El uso creciente de maquinaria, aunque enormemente más eficaz que la labor manual que reemplazó, hace a todas las operaciones productivas más y más dependientes de la posesión del capital, de la habilidad en comprar máquinas, etc., y a renunciar la perspectiva de una recompensa inmediata por una utilidad futura. En tal condición de las cosas, el

trabajador aislado no tiene nada de qué subsistir si no es su potencia de trabajo que debe vender lo mejor que pueda al mejor postor. En la naturaleza de las cosas, no podrá recibir menos por él de lo que le permita existir pobremente, pero cualquier cosa por encima de esto dependerá del contrato que haga con quien lo emplea. Ahora bien, este contrato, aunque efectuado bajo la regla de libre contrato, es en realidad obligado. El obrero debe vender su trabajo o morir de hambre; pero puesto que el aumento de población, como Malthus y otros lo han demostrado, es continuo hasta cierto punto donde es contenido por la falta de medios de subsistencia, el mercado del trabajo estará siempre tan lleno de trabajadores, que bajarán el nivel de los salarios a lo que prácticamente alcance para las necesidades de la vida. Si los salarios se elevaren sobre esto, un movimiento correspondiente de la población hácia arriba los volverá a bajar. Esta es la famosa "Ley férrea de salarios" formulada por Lasselle sobre las bases económicas de Ricardo. El otro lado del contrato industrial está representado por lo que el patrón recibe del obrero. Esto consiste en cada día de cierta cantidad de potencia de trabajo que resulta de la fabricación de un cierto número de artículos útiles producidos por la aplicación de la labor del día. De la naturaleza del contrato no se sigue que los artículos así producidos por la labor del obrero necesiten ser exactamente equivalentes a los artículos que se le han sido dados a él por el patrón por medio del salario. Ciertamente los escritores socialistas nos aseguran que los dos no son de ninguna manera iguales. El obrero produce en el día más de lo que él consume (pues de otra manera el patrón no tendría motivo para emprender en la producción) y el sobrante creado de esta manera queda en beneficio de su afortunado patrón. El obrero que vende su labor por la necesidad, se

ve forzado a someterse a este sistema fraudulento. Tal es la doctrina del valor sobrante, que está particularmente asociada al nombre de Karl Marx y que es el fundamento de la teoría crítica del socialismo. El punto que tiene descubierto para el ataque es que atribuye al trabajo todo el resultado productivo y no concede una parte a la máquina que se usó en cooperación y que es propiedad del capitalista.

Es imposible entrar aquí en la discusión económica a que esta cuestión da lugar; solamente se trata de señalar en qué terrenos la contienda socialista acusa al actual sistema de ser esencialmente falta de equidad. Marx y los escritores que han seguido su dirección, no están satisfechos con alegar la actual injusticia del método del libre contrato y la libre competencia. Pretenden ellos que con la continuada aplicación de maquinaria y el mejoramiento de la producción, la continua apropiación de recursos naturales y el constante aumento de la población, se cimentará la iniquidad del sistema y el foso entre los capitalistas y los obreros, el rico y el pobre, se ensanchará constantemente. Tarde o temprano la conservación de las fuerzas que están de esta manera en acción, precipitará a una gran catástrofe social, que solamente puede ser evitada alterando la base industrial o nuestro sistema social y sustituyendo con el esfuerzo asociado la anarquía económica y la libre competencia. Su teoría asume de esta manera el aspecto de una profecía social.

En terrenos más efectivos los socialistas llaman la atención a la prodigalidad del método individualista de producción y distribución. Una gran cantidad de trabajo se ejecuta bajo él que no tiene utilidad social, una gran cantidad de trabajo se duplica y aun se ejecuta varias veces sin ninguna ven-

taja general. La labor desperdiciada en anuncios en competencia, y los esfuerzos de un carácter semejante destinados únicamente a pasar los negocios de una persona a otra, es el ejemplo más eficaz de pérdida económica de la primera clase. Ejemplos de trabajo innecesariamente multiplicado se ven en los casos de ferrocarriles competidores que corren trenes en líneas paralelas, y en tiendas de menudeo que existen en considerable número donde un establecimiento general distribuidor podría hacer el trabajo. Quizás la ilustración más simple y mejor del punto en cuestión se ve en el contraste entre la entrega de cartas en casas consecutivas y en calles vecinas por un cartero (un empleado de administración colectiva) y la pérdida de tiempo y trabajo que lleva en sí la entrega espasmódica de leche y artículos de abarrotes en varias casas en un distrito extenso por empleados de administración individual. Es en el ahorro económico efectuado de esta manera que la amalgama de la industria hecha por grandes corporaciones resulta económicamente superior a la producción y distribución de pequeños negocios. Las grandes compañías industriales y los grandes almacenes de la actualidad son pruebas constantes del hecho. Esto lo ven los socialistas como la indicación del paso necesario del antiguo sistema individualista, representando las grandes corporaciones un escalón de transición, hacia la administración general industrial ejercida por el Estado.

2. El programa constructivo del socialismo.— Por lo que se ha dicho se verá fácilmente que el lado crítico o destructivo de la teoría socialista contiene una gran parte que es verdadera y extremadamente útil para indicar la dirección apropiada de las medidas de reforma social. El otro lado del socialismo, su programa constructivo de un gobierno cooperativo, es mucho más débil y no puede

tratarse en detalle sin tropezar con la crítica hostil de los mismos socialistas. En términos generales el programa del socialismo es substituir con la administración gubernativa la administración privada, poniendo toda la industria productiva bajo la administración del Estado, haciendo de esta manera al Estado el único patrón y poniendo a todos los obreros en el empleo del gobierno. En este sistema las funciones del gobierno se extenderían a todo el dominio de las operaciones económicas; manejaría todos los ferrocarriles, las fábricas, las minas y las haciendas de campo. En lugar de almacenes de menudeo en competencia, se establecerían casas distribuidoras del gobierno para repartir a cada ciudadano su parte de la producción nacional. Los particulares podrían tener todavía un derecho de propiedad sobre las cosas que realmente destinaran al uso, —casa, alimentos, vestidos, etc.—, pero todos los medios de producción habrían de ser nacionalizados.

La impracticabilidad inherente a semejante sistema resulta evidente cuando se pasa del proyecto general de producción a la cuestión de la distribución, el método según el cual los salarios de los obreros en el Estado socialista deben ser manejados. En este punto hay una gran variedad de opiniones. La mira más extrema se encuentra en los escritores que recomiendan que toda cosa producida debe ser de propiedad común, debiendo todas las personas tomar del depósito general según sus necesidades. **La mise au tas, la prise au tas** rezaba la fórmula adoptada por Proudhon, el escritor anarquista francés. Este sistema no dejaría, naturalmente, otra cosa más que salarios individuales, siendo la remuneración de cada obrero de acuerdo con sus necesidades, no de acuerdo con su competencia. Algo semejante a esto es la sugestión de una igualdad general de salarios, estando todas las personas obligadas a tra-

bajar por un número igual de horas (o un número igual de horas de acuerdo con la atracción o repulsión relativas al negocio) y recibiendo todos la misma remuneración. Esta, como se recordará, es la solución del problema de salarios propuesta por Edward Bellamy en su "Mirando Atrás" (Looking Backward) que es la presentación del Estado socialista bajo la forma de una novela, que atrajo la atención de una manera fenomenal en la época de su publicación (1888). Para todos, excepto los más ardientes visionarios, todo proyecto socialista que envuelva la igualdad de salarios es totalmente impracticable. Es evidente que bajo semejante arreglo el estímulo individual para el trabajo desaparecería y que la eficacia de la producción se perdería sin remedio por la negligencia. Bellamy y otros tratan de argüir que bajo las condiciones mejoradas producidas por el socialismo la elevación del tono moral general, vería severamente a todo el que descuidara el trabajo y que con las horas disminuidas de labor posible bajo el trabajo cooperativo, no habrá aversión al trabajo por parte del individuo. Semejante argumento es completamente de un carácter idealista y contiene las suposiciones más monstruosas de una renovación repentina y mecánica de la naturaleza humana, tan destructora que anula la cuestión de reforma social. El argumento está también en contradicción con el método (adoptado por Bellamy) de alargar o acortar las horas de trabajo en todo negocio con el objeto de atraer o rechazar a los obreros, de acuerdo con las necesidades de todo momento particular. Este plan se basa en la suposición de la aversión al trabajo.

Llegamos finalmente al proyecto de organización industrial que puede describirse como el verdadero socialismo, en oposición con el comunismo y el colectivismo. En este caso los salarios deben acor-

darse a los obreros de acuerdo con su competencia. El plan supone una jerarquía de empleados (en el principio colectivo) que controlan el proceso productivo, los cuales cambian a los obreros de negociación en negociación conforme sea necesario, y que pagan salarios, hacen promociones, etc., de acuerdo con la competencia industrial de los obreros. La paga de un buen obrero sería alta, la de un obrero sin habilidad o flojo, baja. El proyecto sería casi perfecto si pudiera uno suponer que los empleados que asignan las plazas, los salarios y las promociones fueran omniscientes e impecables; pero las posibilidades de corrupción, el juego de motivos interesados, la intriga, la malevolencia personal y las injusticias de todas clases habían de ser tan espantosas en las actuales condiciones de la moralidad pública, que hay que apartar completamente esas sugerencias del dominio de lo practicable. Si el gobierno se apoderara por la fuerza de todas las industrias y se prohibieran los negocios privados, el individuo que cayera bajo el odio de los mangoneadores que pudieran muy posiblemente dominar a tal gobierno, se sentiría estar bajo un despotismo del que la organización no ofrecería ningún escape.

3. Los demócratas sociales alemanes.—El socialismo, sin embargo, tiene algo más que un aspecto meramente teórico. En el Continente de Europa se ha convertido en una fuerza en la política práctica de la más alta importancia, y los partidos políticos socialistas han asumido últimamente alguna importancia en Inglaterra y los Estados Unidos. Pero es en Alemania especialmente donde la propaganda socialista ha tenido éxito y ha ejercido una influencia poderosa en la política legislativa del gobierno. La evolución del socialismo en Alemania no es solamente interesante en sí misma, sino singularmente instructiva por la luz que arroja sobre el probable futuro de los partidos políticos socialistas y la ex-

tensión en que parece logrará buen éxito al modificar la actitud del gobierno existente. Surgió, lo mismo que en Francia, en la primera parte del siglo diez y nueve asumiendo al principio una forma ideal al mismo tiempo que utópica (1). Los primeros socialistas, o comunistas como se les llamaba al principio, desestimaron grandemente las enormes dificultades que hay en el camino de la reforma social; atribuyendo todos los males existentes al predominio del sistema capitalista, presumieron que su abolición inmediata en favor del dominio del Estado tendría que efectuar una regeneración casi inmediata de la humanidad. El programa original del socialismo, cuando llegó al estado de tener un programa político, consistió en la destrucción absoluta de la industria capitalista. Esta fué la actitud de la rama socialista de los revolucionarios que en esta época derrocaron el gobierno monárquico de Francia en 1848 y amenazaron su existencia en Alemania en las convulsiones del mismo año. Después de la terminación de aquel gran movimiento, los socialistas alemanes cayeron en grupos antagónicos —algunos de los cuales pretendían todavía una revolución general universal—; y trataban de organizarse bajo una base cosmopolita; otros que reconocían al actual Estado nacional como su punto de partida y que deseaban conseguir sus fines por reformas constitucionales. Bajo el último plan, el socialismo en lugar de apoderarse del gobierno por medio de la lucha lo haría por medio de los votos. La mayor influencia en este período fué ejercida por Ferdinand Lassalle que organizó una asociación de obreros alemanes y propuso como un programa inmediato el uso del crédito del Estado para la fun-

(1) Del período inicial del socialismo moderno en Alemania, pueden citarse como instructivos *Die Welt wie sie ist und sein soll* (1838), de Weidling, y en Francia pueden citarse como ilustradores los escritos de St. Simon y Fourier.

dación de asociaciones productivas de obreros que funcionarían como el principio de un Estado socialista. La separación de los anarquistas revolucionarios, la desaparición del aspecto internacional del movimiento (1), ayudaron a la creciente tendencia del socialismo alemán hacia una forma nacional constitucional cuya mira inmediata sería el alcance de medidas prácticas, más bien que la completa realización del Estado ideal. En un congreso en Gotha en 1876 se efectuó una unión general del partido socialista bajo la base de un compromiso. En el programa allí adoptado la “abolición del sistema del trabajo de salario” fué indicada como el ideal del socialismo, pero se propusieron algunas medidas “para preparar el camino de la solución de la cuestión social”.

En el período siguiente (1878-1890) el partido sufrió una severa persecución por parte del gobierno imperial alemán, la que con todo no la impulsó a medidas revolucionarias. En el congreso reunido en Erfurt (1891) se adoptó una plataforma revisada que vino a ser el programa del partido demócrata social alemán. Pide sufragio universal, igual y directo por balota (extendiendo la facultad a las mujeres), representación proporcional, legislación directa, substitución de una milicia universal en vez de un ejército permanente, libertad de la prensa y de las reuniones, justicia libre y un **income-tax** graduado, legislación de fábricas mejorada, reglamentaciones legales de las horas de trabajo. A estas demandas inmediatas va unida una declaración general de los males de la industria capitalista, y se sostiene que “la lucha de las clases obreras contra la

(1) Karl Marx en 1874, cuando estaba refugiado en Londres, fundó la Asociación Internacional de Obreros, que pretendía la revolución social sin la ayuda de los gobiernos existentes; el movimiento terminó después de la guerra franco prusiana.

explotación capitalista tiene por necesidad que ser una lucha política” (1) y se verá que las actuales demandas del partido no incluyen nada que no haya sido pedido por varios grupos radicales de los países anglo-sajones, con excepción tal vez del punto de un día de trabajo legal. Con estas bases, el progreso de los demócratas sociales en cuanto a números ha sido extremadamente rápido. A la fundación del imperio alemán eligieron sólo dos miembros para el Reichstag; en 1893 eligieron cuarenta y cuatro miembros que representaban 1.876,738 votos. Por otra parte se ha concedido generalmente que el partido socialista (incluyendo en él a los que votan por candidatos socialistas) no se compone enteramente de socialistas; ha venido a ser en mucha parte el partido del descontento y una oposición permanente al gobierno imperial y no debe en manera alguna tenerse como formado enteramente de personas que creen en la practicabilidad de un Estado cooperativo.

En todos los países del Continente una de las enfadosas cuestiones del socialismo actual es la amplitud en que las primeras doctrinas de la teoría socialista deben conservarse. Algunos de los socialistas se adhieren tenazmente a los dogmas originales de Karl Marx y persisten en creer en la eminencia del cataclismo social. Esto, sin embargo, en vista del mejoramiento de la suerte de las clases obreras en el siglo diez y nueve, durante el cual los salarios del trabajo hábil casi se han doblado, es en una expectación que no parece fundada. Un gran número de socialistas creen en la alteración progresiva de las condiciones actuales con la esperanza de un mejoramiento social en una medida positivamente practicable. Estos “revisionistas”, como se les llama, fueron rechazados en el reciente congreso

(1) Una traducción del programa de Erfurt puede encontrarse en la obra “*Socialism and Social Reform*” de Ely. Apéndice I.

internacional de socialistas que tuvo lugar en Amsterdam (1904) y se adoptaron resoluciones que reafirmaron la inveterada hostilidad de los socialistas hacia el sistema de producción capitalista. Pero a pesar de esto, puede afirmarse con autoridad que el mayor número de socialistas favorecen ahora el mejoramiento de las presentes condiciones más bien que su completa destrucción. Los socialistas, aunque extremadamente numerosos en Francia y en Italia, no tienen de ninguna manera tanta cohesión y unidad de operación como en Alemania; en Francia en particular están divididos en facciones antagónicas; algunos de ellos, bajo el nombre de “colectivistas” son del tipo marxiano y favorecen un dominio económico completo ejercido por un gobierno centralizado, otros abogan por la adopción de un programa socialista por el desarrollo del control municipal; otros todavía, los “posibilistas”, se inclinan a aceptar algunas medidas de mejoramiento que puedan conseguirse y a cooperar con todo gobierno existente que quiera corresponder a sus miras.

4. Socialismo en Inglaterra y América.—Varias asociaciones socialistas han sido formadas en Inglaterra, —la Federación democrática social (1881), la Liga Socialista (1884), actualmente extinguida, y la Sociedad Fabian. Esta última ha contado entre sus miembros a muchas personas de señalado talento— los dos Webb (1), la señora Annie Besant y otras— y la colección de papeles publicados por ella bajo el título de “Ensayos de Fabian sobre el Socialismo”, ha encontrado una venta extensa. El programa de la sociedad consiste en una introducción gradual del socialismo, reconociendo la necesidad de un punto de transición al pasar de la in-

(1) Sidney y Beatriz Webb, bien conocidos como los autores de la *History of Trade-Unionism*, etc.

industria capitalista a la administración colectiva. En los Estados Unidos ha habido numerosos ejemplos de tentativas prácticas de realización de administración colectiva en la fundación de varias comunidades en las cuales fué adoptado el principio de labor asociada y propiedad común (1). Los Rappites de New Harmony (más tarde de Economy) y los comunistas de Zoar, Amana y Oneida, son ejemplos conocidos. Estos experimentos han resultado siempre en fracasos a no ser donde el principal motivo fué religioso y no económico y donde la comunidad de propiedad era únicamente incidental en aspiraciones de un carácter más elevado. En los últimos años el socialismo ha aparecido en los Estados Unidos en la forma de partidos políticos que están desarrollando una considerable fuerza de votación. El partido Labor Socialista y los Demócratas sociales son los partidos de mayor importancia. En las elecciones presidenciales de 1912, unos 919,000 votos fueron dados a candidatos socialistas; pero en el caso de estos dos partidos y aunque comienzan sus plataformas con declaraciones en favor de la nacionalización de la producción, se pone especial violencia en las demandas inmediatas de ferrocarriles del Estado, control municipal de las plantas de alumbrado y tranvías, un **income-tax** graduado, etc. De esta manera ilustran ellos en su programa práctico una similitud muy inmediata con los partidos radicales cuya base no es socialista. Las demandas actuales de los socialistas tanto en América como en Europa, son parientes muy inmediatos de las propuestas por los Populistas, los Radicales franceses y el partido de Labor independiente británico. La base fundamental del radicalismo es el individualismo y por consiguiente representa en teoría

(1) Consúltese en este punto la "*The Communistic Societies of the United States*" de Charles Nordhoff.

la extrema oposición de la concepción socialista del Estado; pero la evolución progresiva del socialismo moderno está apartándolo cada vez más lejos de su ideal original. Muchos socialistas admiten que este es utópico e insostenible, y muchas personas no socialistas concederán que el ideal teórico de una comunidad cooperativa puede ejercer una influencia formativa en la dirección de la legislación actual. Las aspiraciones de los socialistas con respecto al gobierno municipal serán tratadas en el capítulo próximo.